

SEDE APOSTÓLICA
SANTO PADRE
Benedicto XVI

Discurso

ASAMBLEA ECLESIAL DE LA DIÓCESIS DE ROMA 2009

Asamblea eclesial de la Diócesis de Roma 2009

26 de mayo de 2009

Señor Cardenal; venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; queridos religiosos y religiosas; queridos hermanos y hermanas:

Siguiendo una costumbre ya arraigada, me alegra inaugurar también este año la Asamblea Diocesana pastoral. A cada uno de vosotros, que representáis aquí a toda la comunidad diocesana, os dirijo con afecto mi saludo y expreso mi viva gratitud por el trabajo pastoral que realizáis. A través de vosotros, extendiendo a todas las parroquias mi saludo cordial con las palabras del apóstol san Pablo: «*A todos los amados de Dios que estáis en Roma, santos por vocación, a vosotros gracia y paz de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo*» (Rm 1,7). Agradezco de corazón al Cardenal Vicario las estimulantes palabras que me ha dirigido, haciéndose intérprete de vuestros sentimientos, y la ayuda que, juntamente con los obispos auxiliares, me presta en el servicio apostólico diario al que el Señor me ha llamado como obispo de Roma.

Nos acaban de recordar que, a lo largo del decenio pasado, la atención de la Diócesis se concentró inicialmente, durante tres años, en la familia; después, durante el trienio siguiente, en la educación en la fe de las nuevas generaciones, tratando de responder a la "emergencia educativa", que para todos es un desafío difícil; y, por último, también con referencia a la educación, estimulados por la Carta Encíclica

la universalidad. A través de este pueblo Dios entra realmente, de modo concreto, en la historia. Y esta apertura a la universalidad se realizó en la cruz y en la resurrección de Cristo. En la cruz —así dice san Pablo—, Cristo derribó el muro de separación. Dándonos su Cuerpo, nos reúne en su Cuerpo para hacer de nosotros uno. En la comunión del «*Cuerpo de Cristo*» todos llegamos a ser un solo pueblo, el pueblo de Dios, donde —por citar de nuevo a san Pablo— todos somos uno y ya no hay distinción, diferencia, entre griego y judío, circunciso e incircunciso, bárbaro, escita, esclavo y hebreo, sino que Cristo es todo en todos. Él derribó el muro de separación entre los pueblos, las razas y las culturas: todos estamos unidos en Cristo.

Así, vemos que los dos conceptos —«*pueblo de Dios*» y «*Cuerpo de Cristo*»— se complementan y forman juntos el concepto neotestamentario de Iglesia. Y mientras «*pueblo de Dios*» expresa la continuidad de la historia de la Iglesia, «*Cuerpo de Cristo*» manifiesta la universalidad inaugurada en la cruz y en la resurrección del Señor. Por tanto, para nosotros, los cristianos, «*Cuerpo de Cristo*» no sólo es una imagen, sino también un verdadero concepto, porque Cristo nos entrega su Cuerpo real, no sólo una imagen. Resucitado, Cristo nos une a todos en el Sacramento para convertirnos en un único cuerpo. Por eso los conceptos de «*pueblo de Dios*» y «*Cuerpo de Cristo*» se complementan: en Cristo llegamos a ser realmente el pueblo de Dios. Y en consecuencia «*pueblo de Dios*» significa "todos": desde el papa hasta el último niño bautizado. La primera plegaria eucarística, el llamado Canon romano, escrito en el siglo IV, distingue entre «*tus siervos*» y «*plebs tua sancta*»; por tanto, si se quiere distinguir, se habla de «*siervos*» y «*plebs sancta*», mientras que el término «*pueblo de Dios*» expresa al conjunto de toda la Iglesia en su esencia común.

Después del Concilio Vaticano II esta doctrina eclesiológica ha tenido amplia acogida y, gracias a Dios, en la comunidad cristiana han madurado muchos frutos buenos. Sin embargo, debemos recordar también que la recepción de esta doctrina en la práctica, y su consiguiente asimilación en el entramado de la conciencia eclesial, no se han realizado siempre y en todas partes sin dificultad y según una interpretación correcta. Como aclaré en el Discurso a la Curia romana del 22-12-2005, una corriente de interpretación, apelando a un presunto «*espíritu del Concilio*», ha intentado establecer una discontinuidad e incluso una contraposición entre la Iglesia anterior y la Iglesia posterior al Concilio, superando a

Queridos hermanos y hermanas, ahora tenemos que preguntarnos: ¿En qué situación se encuentra nuestra Diócesis de Roma? ¿En qué medida se reconoce y favorece la responsabilidad pastoral de todos, y en particular la de los laicos? Durante los siglos pasados, gracias al generoso testimonio de muchos bautizados que han dedicado su vida a educar en la fe a las nuevas generaciones, cuidar a los enfermos y socorrer a los pobres, la comunidad cristiana ha anunciado el Evangelio a los habitantes de Roma.

Esta misma misión se nos confía a nosotros hoy, en situaciones distintas, en una ciudad donde muchos bautizados han perdido el camino de la Iglesia, y los que no son cristianos no conocen la belleza de nuestra fe. El Sínodo Diocesano, promovido por mi amado predecesor Juan Pablo II, fue una *receptio* efectiva de la doctrina conciliar, y el Libro del Sínodo comprometió a la Diócesis a ser cada vez más Iglesia viva y activa en el corazón de la ciudad, a través de la acción coordinada y responsable de todos sus componentes. La Misión ciudadana posterior, que preparaba el gran jubileo del año 2000, permitió a nuestra comunidad eclesial tomar conciencia de que el mandato de evangelizar no implica sólo a algunos bautizados, sino a todos. Fue una experiencia positiva que contribuyó a hacer madurar en las parroquias, en las comunidades religiosas, en las asociaciones y en los movimientos, la conciencia de pertenecer al único pueblo de Dios que, según las palabras del apóstol san Pedro, «Dios se ha adquirido para anunciar sus maravillas» (cf. 1P 2,9). Por eso queremos dar gracias esta tarde.

Aún queda mucho camino por recorrer. Demasiados bautizados no se sienten parte de la comunidad eclesial y viven al margen de ella, dirigiéndose a las parroquias sólo en algunas circunstancias para recibir servicios religiosos. En proporción al número de habitantes de cada parroquia, y a los que se declaran católicos, todavía son pocos los laicos que están dispuestos a trabajar en los diversos campos apostólicos. Ciertamente, no faltan dificultades de orden cultural y social, pero, fieles al mandato del Señor, no podemos resignarnos a conservar lo que tenemos. Confiando en la gracia del Espíritu, que Cristo resucitado nos ha garantizado, debemos reanudar el camino con renovado impulso.

¿Qué caminos podemos recorrer? En primer lugar, es preciso renovar el esfuerzo en favor de una formación más atenta y conforme a la visión de Iglesia de la que he hablado, tanto por parte de los sacerdotes como de los religiosos y laicos. Comprender cada vez mejor qué es esta Iglesia, este pueblo

pan» (1Co 10,17). Por tanto, la Iglesia no es el resultado de una suma de individuos, sino una unidad entre quienes se alimentan de la única Palabra de Dios y del único Pan de vida. La comunión y la unidad de la Iglesia, que nacen de la Eucaristía, son una realidad de la que debemos tener cada vez mayor conciencia, también cuando recibimos la sagrada Comunión; debemos ser cada vez más conscientes de que entramos en unidad con Cristo, y así todos nosotros llegamos a ser uno. Debemos aprender continuamente a conservar esta unidad y a defenderla de rivalidades, controversias y celos, que pueden nacer dentro de las comunidades eclesiales y entre ellas.

En particular, quiero pedir a los movimientos y a las comunidades surgidos después del Vaticano II, que también en nuestra Diócesis son un don valioso que debemos agradecer siempre al Señor; quiero pedir a estos movimientos que, repito, son un don, que se preocupen siempre de que sus itinerarios formativos lleven a sus miembros a madurar un verdadero sentido de pertenencia a la comunidad parroquial. El centro de la vida de la parroquia, como he dicho, es la Eucaristía, y en particular la celebración dominical. Si la unidad de la Iglesia nace del encuentro con el Señor, no es secundario que se cuide mucho la adoración y la celebración de la Eucaristía, permitiendo que los que participan en ellas experimenten la belleza del misterio de Cristo. Dado que la belleza de la liturgia *«no es mero esteticismo sino el modo en que nos llega, nos fascina y nos cautiva la verdad del amor de Dios en Cristo»* (*Sacramentum caritatis*, 35), es importante que la celebración eucarística manifieste, comunique, a través de los signos sacramentales, la vida divina, y revele a los hombres y a las mujeres de esta ciudad el verdadero rostro de la Iglesia.

El crecimiento espiritual y apostólico de la comunidad lleva, además, a promover su ampliación mediante una convencida acción misionera. Por tanto, esforzados por revitalizar en todas las parroquias, como en la etapa de la Misión ciudadana, los pequeños grupos o centros de escucha de fieles que anuncian a Cristo y su Palabra, lugares donde sea posible experimentar la fe, practicar la caridad y organizar la esperanza. Esta articulación de las grandes parroquias urbanas a través de la multiplicación de pequeñas comunidades permite una actividad misionera más vasta, que tiene en cuenta la densidad de la población, su fisonomía social y cultural, a menudo notablemente diversa. Sería importante que este método pastoral tuviera una aplicación eficaz también en los lugares de trabajo que hoy se deben